

virtud traspasaba los límites del desierto que habitaban, millares de discípulos corrían á afiliarse en su regla, y se convertían, no obstante su resistencia, en verdaderos fundadores y jefes de monasterios. Así sucedió con San Antonio, con San Pacomio, con San Hilario: estos apasionados amantes de la soledad atrajeron á su alrededor innumerables compañeros. A todos impusieron una misma ley; el trabajo. «Que cuando estéis sentados en vuestra celda, dice San Antonio, os embarguen continuamente tres preocupaciones: el trabajo manual, la meditación de los salmos y la oración» (1). En estos primitivos monasterios, que á veces se componían de diez mil hombres bajo la dirección de un solo abate, se ejercían todos los oficios.

Los monjes de la Tebaida, los cenobitas de las orillas del Nilo, eran labradores, segadores, estereros, carpinteros, curtidores, sastres, cardadores, zapateros. «Los hermanos del mismo oficio, dice San Jerónimo, se reúnen en una misma casa bajo la presidencia y autoridad de un encargado; así, por ejemplo, los que tejen el lino están juntos, los que fabrican las esteras forman un solo grupo, los cardadores, los zapateros forman también diferentes cuerpos, y todas las semanas dan cuenta de su trabajo al Padre del monasterio» (2). El producto de estos trabajos era, según su naturaleza, consumido allí mismo ó vendido en los mercados para subvenir á las necesidades de la comunidad, la cual, por medio de estas ganancias, mantenía á los pobres, á los extranjeros y á los viajeros en las *xenodochias* anejas á cada convento: á veces, en tiempos de penuria, de gran escasez, salían navíos de los puertos de Egipto para llevar á comarcas desoladas la limosna de estos heroicos trabajadores, que producían tanto y consumían tan poco (3).

Cuando, hacia la mitad del siglo IV, la vida cenobítica recibió de San Basilio una forma precisa y reglas

(1) *Regula San Antonii*, 40.

(2) Prefacio de S. Jerónimo á la regla de S. Pacomio.

(3) S. Agustín *De opere monachorum*, 31: «Redundat plurimum ex operibus manuum et epularum restrictione... Omni modo agunt, ut non apud se remaneat quod abundaverit, usque adeo ut oneratas etiam naves in ea loca mittant quæ inopes incolunt».

uniformes (1), dispuso el piadoso legislador que el trabajo fuese la primera de las obligaciones monásticas (2); hasta le sobrepuso al ayuno. El mismo, con su amigo San Gregorio Nacianceno, dió el ejemplo de esta vida laboriosa. «¿Cuándo volverán, le escribía este último, aquellos días en que trabajábamos juntos, en que tan pronto cortábamos leña, como tallábamos piedras, ó plantábamos y regábamos los árboles, ó arrastrábamos la pesada carreta que nos dejó señales en las manos?» (3). Tales ejemplos adquirieron todo su valor y toda su significación después del gran movimiento de fervor monástico que se inició en Occidente después de la venida de S. Atanasio á Roma. Entonces fué cuando se vió á las más nobles damas romanas convertir sus palacios en conventos, ó precipitarse en Oriente al paso de San Jerónimo y poblar de monasterios los campos yermos de Palestina; y á los senadores, á los antiguos prefectos de Roma, á los hombres de más elevada alcurnia y de más noble nacimiento, vestir el hábito religioso y «mezclarse con la plebe, asociarse á los pobres, unirse á los aldeanos: de príncipes, convertirse en pueblo» (4). El espectáculo del trabajo ejercido por tales manos era la más elocuente de las predicaciones. Era aquélla la época en que se veía á una pariente de Teodosio, Eufrasia, vivir como religiosa en la Tebaida después de haber repartido sus bienes entre los pobres, libertado á sus

(1) Véase en mi libro sobre *San Basilio*, el capítulo V: La vida monástica.

(2) Los monjes deben ejercer todos los oficios necesarios á la vida, pero con preferencia la agricultura. Más vale amontonar los productos de su trabajo en un almacén que mandarlos lejos, aun á riesgo de ganar menos. Si es indispensable obrar de otra manera, precisa que los frailes encargados de la venta escojan como destino de sus mercancías las ciudades piadosamente habitadas, y se den cita á fin de dedicarse juntos á santos ejercicios. También deben santificar su camino por medio de la oración y el canto de los salmos. Recomiéndeseles que no asistan á las ferias que se celebran alrededor de las tumbas de los mártires, porque estos lugares son mejores para orar que para traficar. S. Basilio, *Regulæ fusiùs tractatæ*, XXXVIII-XL.

(3) San Gregorio Nacianceno, *Ep.* 6.

(4) S. Jerónimo, *Ep.* 26, *ad Pammachium*.

esclavos é inspirado esta frase, verdadero grito del alma, á la Emperatriz: «¡Verdaderamente, esta muchacha es de estirpe regia!» Durante diez y ocho años se sujetó voluntariamente á los más humildes trabajos, barriendo, porteando agua, madera y piedras, y cocinando pan (1). Sobre poco más ó menos, en la misma época Paula y Eustoquia, nietas de los Escipiones, limpiaban las lámparas, encendían el fuego, barrían el suelo, limpiaban las legumbres, y ponían la mesa en el monasterio que fundaron en Belén (2). Algunos años después, Melania la joven, una nieta de los Marcelos, copiaba modestamente manuscritos en el monasterio africano de Tagaste, mientras que su marido, antiguo prefecto de Roma, ejercía en un monasterio vecino el oficio de jardinero (3). La aristocracia cristiana se precipitaba con ardor en esta nueva vida. «Antes, dice S. Jerónimo, había entre los cristianos pocos sabios, pocos poderosos, pocos nobles; hoy precisamente los sabios, los nobles y los poderosos se hacen monjes» (4): con ello renovaban su popularidad. «Cuando eras rico, escribía el mismo Santo á un antiguo cónsul que había tomado el hábito monástico, el mundo no te conocía: te has hecho pobre, y el Universo entero tiene puestos los ojos en ti» (5).

Tales ejemplos eran el mejor antídoto contra los dos males que más temían los primeros legisladores de la vida monástica: la invasión entre los religiosos del espíritu de molice, y el orgullo. A primera vista, admira que hombres que todo lo habían abandonado para consagrarse á Dios pudieran estar amenazados de ese mal. «¿Qué sentimiento de orgullo podrían tener, exclama San Juan Crisóstomo, los que por propia voluntad se pasan la vida labrando la tierra, regando, plantando, haciendo cestos, cosiendo sacos, sufriendo la pobreza y luchando con el hambre? Para ellos la humildad es fácil. Nada de admiradores, nada de aplausos ni de lisonjas: el monje no ve en torno suyo más que la

- (1) *Vita S. Euphraxiæ*, ap. *Acta SS.*, Martii, t. II, pág. 264.
- (2) S. Jerónimo, *Ep.* 26, *ad Pammachium*.
- (3) Paladio, *Hist. Laus.*, 121.
- (4) S. Jerónimo, *l. c.*
- (5) *Ibid.*

soledad, los pájaros que vuelan, los árboles que el viento agita, la brisa que sopla, los torrentes que corren por los valles. ¿De dónde podría venirle el orgullo á este habitante del desierto?» (1). Descendiente es, no de ricos, de grandes ni de nobles, sino de esclavos y de pequeños, confundidos con él en la igualdad monástica. Algunos de estos últimos se dejarían embriagar por una vida tan nueva para ellos, y se hicieron á veces arrogantes y soberbios; otros se negaron á trabajar so pretexto de una mayor perfección espiritual. San Agustín los alecciona duramente en el *De opere monachorum*, que M. de Montalembert llama «exposición de motivos de la ley del trabajo que constituyó la gloria y la fuerza de los monjes» (2). «Aquellos, dice San Agustín, que abandonaron y repartieron entre los pobres grandes bienes, ó por lo menos ciertas riquezas, para confundirse humildemente con los soldados de Cristo..., trabajan con sus manos á fin de quitar toda excusa á los perezosos que, de más modesta condición, y por lo mismo más acostumbrados al trabajo, vienen á buscar un asilo en los monasterios: al dar semejante ejemplo, realizan un acto de caridad más grande que el que hicieron repartiendo todos sus bienes entre los indigentes» (3).

»No conviene, añade, que en los monasterios, donde los senadores se hacen obreros, permanezcan ociosos estos últimos, y que donde vienen los propietarios de la tierra, después de haber abandonado todas las delicias de la vida, los aldeanos se hagan los delicados» (4).

Así velaba la Iglesia por que el pueblo no introdujera en los monasterios las costumbres de ociosidad que empezaba á perder en la vida civil. Quería que el monje marchase á la cabeza de la sociedad laboriosa de su tiempo como el primero de los obreros, «el obrero de Cristo», según la expresión de San Basilio. Su sola presencia debía constituir una lección. Todos los escándalos debían tener en la Iglesia una repara-

- (1) San Juan Crisóstomo, *In Matt.* Homilía, LXXII, 4.
- (2) Montalembert, *Moines d' Occident*, t. I, p. 208.
- (3) San Agustín, *De opere monachorum*, 25.
- (4) *Ibid.*

ción y una respuesta. San Juan Crisóstomo pinta en una de sus homilías á «un hombre libre, hijo de hombre libre también, que se ganaba la vida con su trabajo honrado, y apenas gozaba las dulzuras del sueño», el cual, escandalizado del lujo extravagante que desplegaban en el teatro actrices y juglares «hijos é hijas de zapateros ó de carniceros, y á veces de esclavos», entró en un monasterio, donde vió «á hijos de ricos y á nietos de hombres de Estado vistiendo trajes que se avergonzarían de llevar los más humildes pobres, y vistiéndolos sin pesar»: se admiró, y volvió consolado (1). Es una imagen de los sentimientos que despertaba el espectáculo de la vida monástica. Muchos prejuicios, irritaciones y codicias se desvanecían al ver esta «humanidad sublime», según dice San Juan Crisóstomo: la sociedad del siglo IV, cristiana de nombre, pero en muchas cosas pagana de hecho, aprendía á poner de acuerdo sus costumbres con sus creencias contemplando «á hombres brillantes, esplendorosos ayer por su riqueza ó su alcurnia, y hoy desnudos, sin casa, sin esclavos, que habían abandonado magníficos vestidos, espléndidas moradas, innumerables servidores, encendiendo por sí mismos el fuego, haciendo leña, encargándose de los menesteres culinarios, sirviendo á los huéspedes, lavando los pies á los pobres..., siendo entre ellos el más poderoso el que ejecutaba los más viles trabajos» (2).

CAPÍTULO V

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

Hubo dos grados en la manumisión de los esclavos: la liberación de las personas y la del trabajo. La primera pertenecía por entero al orden moral; la segunda dependía sobre todo del orden económico y político. Puede decirse que aquélla quedó casi por completo realizada, ó al menos enteramente preparada, antes de la mitad del siglo VI.

- (1) San Juan Crisóstomo, *In Matth. Hom.* LXVII, .
 (2) San Juan Crisóstomo, *In Matth. Hom.* LXXII, 3.

Fué la obra del Cristianismo. Bajo su influjo dejó gradualmente el esclavo de ser una cosa, y recobró uno después de otro los derechos inherentes á la persona humana. En la sociedad religiosa los tuvo todos desde los albores de la predicación evangélica; en la sociedad civil fué recibéndolos poco á poco, á medida que en la legislación fué infiltrándose el espíritu del Cristianismo.

Las barreras que en las demás partes separaba al esclavo del hombre libre, no existían en la Iglesia. No había más que un Bautismo, *unum baptisma*, al cual todos eran admitidos, sin distinción de títulos ni de categorías. La enseñanza religiosa era dada sin distinción de personas; los santos misterios se celebraban para todos; el esclavo se arrodillaba, como su amo, ante la mesa de la Eucaristía, y se sentaba junto á él en la mesa de los agapes. Tumbas vecinas y semejantes recibían en los cementerios los despojos del esclavo y de la persona libre.

La igualdad llegó más lejos: en la sociedad religiosa, el esclavo podía ser colocado por encima del hombre libre. Así, el esclavo bautizado ocupaba un grado superior al que tenía el hombre libre todavía catecúmeno. Las dignidades del clero estaban francas para él: las cadenas de la servidumbre no le oponían ningún obstáculo para que recibiera de la Iglesia el poder de condenar ó de absolver. Ciertamente que, por regla general, no solía admitirle sin previa manumisión; pero esta regla fué algunas veces derogada en favor de esclavos de amos paganos que no se hubieran prestado á libertarlos con dicho objeto, y aun en favor de esclavos que pertenecían á amos cristianos, cuando sus grandes virtudes, el voto de los fieles ó cualquiera otra circunstancia poderosa los designaban manifiestamente para el Sacerdocio. Además, la Iglesia parece haber acogido más fácilmente aún á los esclavos en los monasterios: en ellos, más todavía que en las asambleas ordinarias de los fieles, fueron verdaderamente iguales á todos, «nobles de la misma nobleza, esclavos de la misma servidumbre, libres con la misma libertad» (1).

- (1) S. Juan Crisóstomo, *Adv. oppugn. vitæ mon.*, III, 11.